

### Las estructuras ambientales de América Latina \*

Según se sostiene en esta obra, la acción del hombre sobre el medio físico convierte a la naturaleza en un marco antropogeográfico que es resultado del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción que establecen unas formas determinadas de explotación de las riquezas naturales y de uso y ordenación territorial y, por ende, de configuración de los espacios rurales y de las estructuras de pueblos, villorios y ciudades. Estos factores sociohistóricos sumados al marco natural integran en conjunto la globalidad del ambiente en el cual, en las sociedades desiguales, se expresan las contradicciones económicas y sociales y la lucha de clases, cues-

iones que adquieren rasgos particularmente dramáticos en los países dependientes.

Sobre el particular, y desde este enfoque marxista, el autor examina los problemas de las estructuras ambientales de América Latina, a través de las tres etapas de su dependencia: a) La dominación colonial; b) La dominación capitalista-comercial; y c) La dominación imperialista industrial-financiera. Y, finalmente, analiza la estructura ambiental que va configurándose en Cuba desde la revolución socialista que, al romper la dependencia y su estructura de clases, posibilitó la integración de un ámbito antropogeográfico concebido sobre bases de racionalidad sustentadas en los intereses

\* Roberto Segre. *Las Estructuras Ambientales de América Latina*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1977, 377 pp.

nacionales y sociales y no en los de las clases dominantes y los de las potencias extranjeras.

En América Latina dependiente, cada una de dichas relaciones de dominación-dependencia suscita efectos diversos en el uso de los recursos naturales y en la organización del espacio urbano-rural, en los que sin embargo se mantiene una subordinación del campo a la ciudad, pues los centros urbanos y portuarios y las capitales ejercen el control de las riquezas extraídas al campo y al resto del territorio por clases dominantes locales que cumplen a satisfacción su misión de mediadoras y administradoras de los procesos productivos dependientes y de la transferencia externa de los recursos. Tal sobreexplotación implica modelos territoriales que imponen la concentración de las actividades secundarias y terciarias en unos cuantos centros, mientras permanecen segregadas las actividades primarias esparcidas sobre grandes extensiones agrícolas, factores que generan un fuerte desajuste en la explotación y distribución de las riquezas nacionales que se expresan en rasgos como los siguientes: a) Desequilibrios regionales; b) Hegemonía de las grandes ciudades económica y demográfica; c) Polos industriales de tecnología avanzada insertos en regiones estancadas en cuyo desarrollo no inciden; d) Deterioro ecológico en la explotación agrícola e industrial; e) Escasa integración entre los propios países de la Región. En este contexto critica la teoría de los polos de desarrollo y otros intervencionismos estatales para mejorar la

ordenación del territorio y el desarrollo urbano y para estimular zonas rezagadas, ya que según lo considera, son de inspiración tecnocrática metropolitana y responden a exigencias de la acumulación capitalista dependiente, cuya lógica se contraponen a una auténtica proyección social y geográfica del desenvolvimiento. Bajo esta luz estudia, asimismo, las características de Brasilia y Ciudad Guayana, con fines a mostrar que bajo la égida del capitalismo dependiente ninguna proposición urbanística o arquitectónica es ajena a las contradicciones esenciales del sistema.

Este libro, una de cuyas principales preocupaciones es mostrar la arquitectura como un fenómeno de raíces sociales, también penetra al examen de la configuración interna de las ciudades y al problema de los déficits de vivienda y de servicios comunales. La ciudad «valor de uso» de la colonia, ha devenido en la ciudad «valor de cambio» propia de la fase imperialista industrial-financiera, pasando por el modelo clásico de la arquitectura adoptado por las burguesías liberales, fases que registran los correspondientes cambios en la comunicación arquitectónica que se produce en tres niveles: social, funcional y simbólico. Así, a la simbología monumentalista tiende a superponerse la simbología publicitaria de la sociedad de consumo, y si toda sociedad de clases registra morfológicamente la existencia de éstas, en la ciudad «valor de cambios, productora de plusvalor para financistas e inversionistas, es la especulación urbana la que logra la

localización segregada de las clases pobres. La vivienda «valor de uso» ha sido sustituida por la vivienda «valor de cambio» que se expresa en el contexto del nivel adquisitivo de las clases sociales. Mientras la clase dominante selecciona cuidadosamente el lugar de su habitación y los modelos de ésta, la pequeña burguesía, y sobre todo el proletariado, se someten a las alternativas ofrecidas por los especuladores. En un marco de alto subempleo y desempleo y de precarios salarios, las villas miserias, fabelas y ciudades perdidas reflejan en lo urbano los problemas de la estructura ambiental de todo el país y sobre los hechos consumados, los gobiernos alardean de las mezquinas opciones de autoconstrucción que ofrecen a los marginados urbanos que supestandamente permiten a éstos «configurar» su *habitat* y su ambiente, pero que se dan dentro de los límites de su extrema pobreza y son sobre todo armas de mediación política.<sup>1</sup>

En Cuba, la instauración del socialismo marca una nueva etapa que implica el rompimiento de la anterior correlación de clases y la superación del pasado dependiente en un cauce de sucesivos cambios estructurales que van materializándose en el entorno huma-

<sup>1</sup> Según lo expresa Segre, el término «marginalidad» surgió con una denotación precisa: la existencia de núcleos habitacionales espontáneos situados en los márgenes u orillas de la estructura urbana, si bien posteriormente se le asignaron otros significados económicos y sociales, p. 216.

no mediante una planificación acorde con el desarrollo nacional, los recursos disponibles y la creación de nuevas instituciones. La revolución agrícola y urbanización del campo toman primacía y se establecen vinculaciones agroindustriales que identifican la cultura urbana con el territorio rural. El territorio es tratado como una trama y no en términos de polos de desarrollo, consolidándose paulatinamente una armadura urbana y no núcleos urbanos aislados y menos centros hegemónicos, sino el fortalecimiento de las ciudades medias en las que se sustituye la primacía de la función terciaria por la infraestructura de servicios de producción, mismas que se transforman en capitales provinciales. Y ello, correlativamente a la desaparición del *habitat* rural disperso, cuya agrupación en comunidades dotadas de bases productivas y servicios comunales, constituye el primer eslabón de la red urbana. Procesos en que la planificación se identifica con una verdadera participación popular en la toma de decisiones que orientan la configuración de las estructuras ambientales en el campo y la ciudad y de la vivienda propia. Así, el uso del suelo y los recursos y la creación de formas y espacios adecuados al desarrollo social, a la vez que integran las bases técnico-materiales y el desarrollo de las fuerzas productivas, registran las transformaciones revolucionarias en las funciones sociales y eliminan del *habitat* los rasgos de segregación clasista, factores que también se expresan en el sis-

tema de signos y símbolos arquitectónicos en un sentido de borrar el colonialismo cultural y el elitismo, para dar cabida a los nuevos valores.

Este libro de Segre, quizá demasiado apretado en conceptos por sus múltiples tópicos y por el largo periodo histórico que enfoca, y en partes desordenado y de

difícil lectura, es, sin embargo, una obra analítica de gran importancia en los temas ahora tan en voga de ordenación territorial y asentamientos humanos, así como en lo que es una preocupación central, a saber, la develación de los secretos sociales del panorama arquitectónico latinoamericano. GLORIA GONZÁLEZ SALAZAR.